

teatro de la calle Montanara. «Yo ví caer á mis piés á Julio César», dice en el palacio Spada una estatua de mármol. «Yo guardé las cenizas del Señor del mundo», dice el mausoleo de Augusto, donde ahora hace comedias de purcinela una compañía de quinto orden. «Yo encerré las tumbas de emperadores tan gloriosos como Adriano y Antonino Pío y Marco Aurelio y Septimio Severo», responde desde enfrente la mole redonda de Sant Angelo, hoy llena de soldados y erizada de cañones. «Yo dí morada á todos los dioses», dice el Panteon. «Yo á todas las locuras», dicen las termas. «Yo á todas las abominaciones», dicen el circo Máximo y el Anfiteatro y los campos melancólicos del Esquilino, donde fueron los jardines de Mecénas, y la risueña colina del Pincio, donde fueron los jardines Domicianos y brilló con todo su fuego la diabólica hermosura de Mesalina; y así los templos y los arcos y las columnas y los obeliscos, en silenciosa pero solemne conversacion, perpetúan á través de los siglos y de los trastornos sociales la nocion verdadera de sucesos lejanos, que prepararon los caminos de la civilizacion presente.

Para gozar en toda su elocuencia el lenguaje de las piedras carcomidas y de los muros rotos y de las columnas despedazadas, más puro y clásico en esta ciudad de Roma que en ninguna otra del mundo, fuerza es que los ojos del espíritu estén un tanto habituados á aquella media luz pálida y serena, que tan bien dice con la soledad y con el silencio de las ruinas.

¿Qué es el alma humana, triste y combatida, sino un campo de ruinas más ó menos poéticas, ruinas de la ventura pasada, que se llaman recuerdos, ruinas de la esperanza perdida, que se llaman desengaños?

Por eso aquí en esta ciudad de los monumentos y de los escombros viven como en su centro los atormentados del mundo, y hallan su último definitivo amor los que han probado la hiel de todos los amores.

Aquí el filósofo domina desde un suelo que cubre tumbas de imperios el panorama inmenso de los siglos.

*Mucho* instruye la historia escrita por los sabios; pero instruye *mejor* la historia contada por las ruinas.

## SAN PEDRO.

LA CATEDRAL DEL MUNDO.

### I.

La primera visita corresponde de justicia á San Pedro. Por San Pedro debe empezar todo libro que á las grandezas de Roma se refiera. Roma es la ciudad, históricamente hablando, más importante del mundo: el más insigne monumento de Roma, y por tanto del mundo, es la Basílica de San Pedro. En ella han doblado su rodilla los príncipes más poderosos de la tierra; Constantino, Carlo Magno, Carlos I de España: en ella han orado las generaciones de quince siglos: en ella han empleado á porfia su magnificencia los pontífices, su espléndida generosidad los reyes, su caridad los pueblos, su genio los artistas; y como si al universal tributo de los tiempos modernos quisiera agregar su ofrenda el mundo antiguo, la Roma de los Césares dejó al morir sus mármoles, sus columnas y obeliscos para acrecentar la nueva hermosura de la Roma de los Mártires y de los Papas. La luz que há más de 1500 años arde inextinguible junto á la tumba venerada de San Pedro, seguirá luciendo á pesar de los huracanes, y llevará sus resplandores á través del tiempo hasta los espacios infinitos que caen al otro lado de la eternidad.

Y sin embargo, con ser la Basílica de San Pedro el templo

más magnífico de la tierra, no es la admiración artística, que en realidad merece, el primer sentimiento que inspira, ni el primer efecto que produce en la inteligencia y en el corazón. Hé aquí un fenómeno que casi todos los escritores juzgan óptico, y que yo creo más bien psicológico.

La Basílica del Vaticano excede en proporciones á todo lo conocido en arquitectura: es más grande que San Pablo de Londres, y que la catedral de Florencia, y que la de Milan, y que San Petronio de Bolonia, y que San Pablo en la via Ostiense, y que Santa Sofía de Constantinopla: excede á esta última en más de 300 palmos, y en más de 120 á la primera. Su cúpula no tiene igual ni áun parecido; sus naves, sus capillas, sus adornos corresponden á la grandiosidad del santuario. ¿Por qué, pues, todo viajero que entra por vez primera en su recinto se lo figuraba mayor? *Mi aspettava assai più*, suelen exclamar los italianos mismos. Los artistas y los críticos divagan perpétuamente al rededor de este fenómeno: la conversión, dicen unos, de la cruz griega del primitivo proyecto en cruz latina, alargando la construcción, y alejando, por tanto, el maravilloso efecto de la cúpula, produce esa especie de vacilación que en los primeros instantes se padece. La abundancia de luz, dicen otros; por no haberse preferido el estilo y carácter de las catedrales góticas austeras como la idea que simbolizan, poéticamente sombrías como la edad en que brotaron; no es por eso, dice nuestro docto Pacheco: la aparente reducción de la iglesia del Vaticano consiste en la enormidad de los pilares que la sostienen, los cuales dejan relativamente poco vacío, habida consideración al total tamaño.

Es curioso ciertamente el empeño de explicar por la física un fenómeno que tiene su natural explicación en la estética. Las proporciones gigantescas, inconmensurables, que el templo no tiene, las tiene el viajero, sobre todo el viajero cristiano en su espíritu. Que no sepa ese viajero que va á ver la iglesia que excede en prerogativas y en grandeza á todas las iglesias del catolicismo; que no sepa de antemano que aquélla es la santa casa solar de una familia de doscientos millones de almas, cuyo padre amoroso está en los cielos; que no sepa que en

aquella bóveda está la piedra mística angular de un edificio, que sobrevive á todos los terremotos y á todos los cataclismos; que no sepa que el gran sacerdote de aquel templo es un soberano, á quien besan la mano, de rodillas, los emperadores y los reyes; que no sepa que va al santuario augusto, donde se acumulan tesoros de grandiosos recuerdos, cenizas de santos, riquezas y maravillas de las artes, donde caben gentes de todas las naciones y se ora en todas las lenguas; que no sepa, en fin, que va á San Pedro de Roma, y no habrá decepción, ni achicamiento, ni fenómeno. El alma humana es más grande en sus concepciones que todo lo que está sujeto á la ley de la materia: cuando la noble actividad de una alma creyente se dilata en las esferas clarísimas de la idea cristiana, sus creaciones son grandes por necesidad, los objetos que se representa exceden con mucho á todo lo que el arte puede realizar, con ser tanto su poder.

¡Dichosa y admirable religión, que agranda las esferas de lo majestuoso y de lo bello hasta el punto de presentar como pequeña al primer golpe de vista la Basílica inmensa del Vaticano!

Pero á medida que se avanza por el templo, todo error óptico desaparece; se descubre con asombro la magnitud de aquella fábrica; pasados algunos instantes revélase claramente tal cual es en sus verdaderas proporciones; á la segunda y á la tercera visita, cuando se han examinado de cerca aquellos pilares, y aquellos mármoles, y el ornato de las capillas, y el tamaño colosal de las estatuas; cuando se sabe que aquellas letras de mosaico negro en campo dorado, que forman la inscripción de la cornisa *Tu es Petrus*, etc., tienen de altura cerca de dos varas; cuando desde ambas pilas del agua bendita, sostenidas por ángeles colosales, se ve la estatura que ofrecen las personas que cruzan por delante de la Confesión de San Pedro, ó avanzan hácia los altares del ábside, entónces es cuando se forma el juicio exacto y la idea distinta del templo en que nos hallamos.

## II.

La religion, la historia, las tradiciones, las artes, todo ha contribuido al engrandecimiento y hermosura de la Basílica de San Pedro.

Corriendo el siglo primero de la Iglesia fué edificado por el papa San Anacleto un sencillo oratorio sobre la tumba del primer Pontífice. Las vertientes del Vaticano, donde un tiempo fueron los jardines de Neron y los palacios y los circos y las orgías de la pagana sensualidad, nunca vieron brotar de su seno flores bellas ni frutos de salud, hasta que transformadas en asilo de los discípulos del Evangelio, así protegían en apartados subterráneos la celebracion del único verdadero culto, como guardaban en sus entrañas los restos preciosos de los primeros mártires de la fe, noble y santa ejecutoria de la familia cristiana. Aquel suelo formado con ceniza de muertos y con escombros de civilizaciones, tierra es que no por hallarse en un punto determinado puede pertenecer jamas á una nacion.

Constantino, dada la paz á la Iglesia, quiso dejar monumentos insignes de su piedad; monumentos dignos del príncipe que los erigia y del acendrado sentimiento religioso que los inspiraba; y el pobre oratorio de San Anacleto convirtióse pronto en gran basílica, asentada majestuosamente sobre las murallas del circo de Neron: magnífica escalinata de mármol le daba subida: un pórtico de tres entradas, á que prestaban suntuosidad altas columnas de granito; hermosa torre cuadrada de severa arquitectura bizantina; un atrio que al famoso atrio romano igualaba, si no excedía, en belleza; un templo, en fin, de vastas dimensiones, cubierto de mármoles, con cien columnas y una admirable cúpula dominando sus naves, en número de cinco, como las puertas que le daban entrada; tal fué la basílica de San Pedro, la más soberana de las manifesta-

ciones artísticas del espíritu cristiano de Constantino. La *Confesion*, ó altar subterráneo, donde se guardaban las reliquias del Príncipe de los Apóstoles, siguió siendo, con mayor motivo, centro á donde convergían los fieles de apartadas tierras, punto de peregrinacion donde se confundían y mezclaban las oraciones y las lágrimas de millares y millares de cristianos. Prudencio, dulce y egregio poeta español del siglo v, decia:

*Aut Vaticano tumulo sub monte frequentat  
Quo cinis ille latet genitoris amabilis hospes.*

Desde el año 32, en que el papa San Silvestre consagró solemnemente la Patriarcal Basílica Vaticana, hasta bien entrado el siglo xv, aquel gran templo resistiendo á los estragos del tiempo, á las vicisitudes y trastornos de la Edad Media, y á los combates y fieras acometidas de que fué en varias ocasiones objeto la ciudad de Roma, aparece siempre como punto culminante de la cristiandad. Los Pontífices trajeron su residencia junto á la tumba del Príncipe de los Apóstoles; y todos, á contar desde Leon III, se esforzaron en acreditar con dones repetidos su especial devocion á la iglesia que la guarda: emperadores, reyes, príncipes, grandes de la tierra y fieles de todas condiciones le acudieron igualmente con ofrendas; en ella se celebraron concilios numerosos y recibieron la consagracion y la corona Sumos Pontífices y Sumos imperantes; en ella reposan cenizas venerandas de santos y de pontífices, de reyes y de sabios y de artistas; en ella, en fin, puede resumirse la interesante historia del Pontificado, que es la historia de la civilizacion, en los siglos de las Cruzadas y de las guerras y de los cismas, en los dias de Santo Tomas y de Dante y de Petrarca.

## III.

Once siglos habia permanecido la basílica de San Pedro venerada por la cristiandad, enriquecida por los pontífices:

*Mater cunctarum, decor ac decus Ecclesiarum,*

como se lee en la inscripcion puesta ó renovada por Inocencio III; pero la necesidad de reparar las inevitables injurias del tiempo y de agrandar las proporciones de una iglesia madre y honor de todas las iglesias, era evidente. Aunque los naturales deterioros de una obra, que contaba más de mil años de existencia, no lo hubieran exigido imperiosamente, aconsejándolo, y aún lo hiciera preciso, el curso mismo de los acontecimientos y de las ideas. Las nieblas de la Edad Media íbanse remontando y desvaneciendo al calor y al influjo de los rayos purísimos de la ciencia sana, y de la verdadera civilizacion, que de Roma partian como de centro luminoso; al largo período histórico de las segregaciones, de los fraccionamientos, producto anárquico de la feudalidad y de las costumbres aventureras, iba á reemplazar en breve el espíritu de agrupacion y de concordia, la idea de unidad, principio salvador de las sociedades, ley esencial del arte en todas sus manifestaciones. Á la mitad del siglo xv, un gran Pontífice, una de las más simpáticas y venerables figuras que ofrece el cuadro político y social de Europa en aquella centuria, Nicolas V, el promovedor de las ciencias y de las letras, el fundador, puede decirse, de la biblioteca Vaticana, el amigo del Beato Angélico, cuyo epitafio compuso (1), concibió el pensamiento de reconstruir la basílica de San Pedro, y no solamente la basílica, sino el contiguo palacio, inspirando al arquitecto Rosellini el plan de una obra, que todavía en diseño, como quedó, y en descripcion, que es como puede ofrecerse, produce asombro y deleita. Una plaza inmensa con estatuas colosales de los cuatro evangelistas; el gran obelisco ostentando en su cúspide la efigie del Redentor con cruz dorada en la mano; espléndida escalinata con gra-

(1) En la iglesia de Santo Domingo de la Minerva está, como en otro lugar dirémos, el sepulcro de Fra Angélico con el epitafio siguiente, puesto por el papa Nicolas V:

NON MIHI SIT LAUDI, QUOD ERAM VELUT ALTER APELLES  
 SED QUOD LUCRA TUIS, OMNIA, CHRISTE, DABAM  
 ALTERA NAM TERRIS OPERA EXTANT, ALTERA COELO;  
 URBS ME JOANNEM FLOS TULIT ETRURIE.

das, en que alternasen el verde antiguo y el pórvido; una explanada ó pórtico de 130 codos de largo por 75 de ancho, con dos elevadísimas torres, y todo cubierto de mármoles y adornado con estatuas y columnas; un vestíbulo al cual diesen entrada cinco puertas; un atrio despues con fuente monumental en el centro; un segundo vestíbulo en que los frescos y los mosaicos, y toda variedad de ricas piedras cautivaran la atencion del peregrino; un templo, en fin, de gigantescas proporciones con siete naves y seis órdenes de columnas; grandes capillas, altar papal en medio, y en el ábside, trono pontificio y estrados para los cardenales, obispos y demas jerarquías; pavimento de mármoles encarnados y verdes, cúpulas cubiertas de plomo, bronce, granitos, piedras de todos colores y del más subido precio; cuanto el arte fuera capaz de producir para el embellecimiento y esplendor de la Basílica: tal fué la primera parte del proyecto de Nicolas V; pues es de saber que, formulado así su deseo respecto á la casa de Dios, pensó tambien en otros dos objetos dignos de su inteligencia y de su corazon: en morada para los muertos y en habitacion para los vivos. Entraba en su plan la construccion de un vasto cementerio, donde reposáran dignamente los restos mortales de papas, cardenales, obispos, prelados y otras personas ilustres, algo parecido en el mérito, y superior en las proporciones, á lo que ya por entónces poseia la ciudad de Pisa, y es uno de los más insignes monumentos de Italia. Formaba parte, por último, del grandioso proyecto de Nicolas V la reedificacion del palacio Vaticano sobre una planta magnífica, convirtiéndolo en un área que hoy ocupa, y otra mucho mayor, hasta la mole Adriana, en una especie de ciudad independiente, donde alrededor de la Basílica Vaticana, y junto á la modesta habitacion del Papa, tuviesen vivienda proporcionada á su rango los cardenales y cuantos forman en su respectiva esfera la córte pontificia, y donde las artes pudieran ostentar sus riquezas, ya en el inmenso salon artesonado de las solemnes coronaciones, ya en estancias suntuosas destinadas al recibimiento de príncipes y embajadores, ya en vastos departamentos, donde se tratasen los negocios de la Iglesia universal, ya en el aula imponente de los concla-

ves y de los consistorios, ya, por último, en museos y bibliotecas y en jardines y acueductos: todo lo que la imaginación puede concebir de más egregio y augusto, todo estaba previsto y diseñado por los arquitectos Rosellini y Alberti bajo la poderosa iniciativa de Nicolás V. Las obras de la Basílica fueron comenzadas desde luego: demolido el templo de Probo Anicio, que ocupaba un espacio contiguo, al occidente, á la fábrica de Constantino, en breve se echaron los cimientos de una hermosa *Tribuna* sin tocar á la antigua: el nuevo edificio comenzaba ya por aquella parte á surgir de la tierra. Pero el gran Pontífice que lo proyectara, y que tantas y tan memorables cosas hizo, hubo también de experimentar terribles amarguras; agravios é ingratitudes turbaron su existencia, tan cara para la cristiandad y para la civilización; el cuerpo débil no pudo sobrevivir muchos días á la profunda herida, que el alma sufrió viendo caer en manos de infieles la capital del imperio bizantino. Con la muerte del Pontífice, acaecida en 1455, los trabajos comenzados se suspendieron; quedó para siempre en proyecto una obra, que aún en proyecto merece recordarse como demostración crítica muy valedera de las ideas y de los sentimientos que prevalecían en aquel importantísimo período histórico; cuando las Cruzadas habían puesto al Occidente en fácil trato con razas y civilizaciones de remotos siglos; cuando se verificaba un fenómeno de reconstrucción universal, visible más que en parte alguna en nuestra España, por cuyo horizonte iba pronto á amanecer cual astro esplendoroso el reinado de Isabel y de Fernando; cuando al ruido del imperio de Oriente, que se desplomaba, los pueblos parece que se acogían al sagrado de una idea salvadora y fecunda, á la idea de unidad, fuente, como hemos dicho, de poder y de grandeza; cuando en el cielo de las artes se percibía una claridad precursora de la luz, que han de traer los Bramante y Rafael y Miguel Ángel. Roma, que también salía de una larga noche de dolores y de angustias, repuesta por providencial destino de guerras, cismas é invasiones, va, como siempre, á la cabeza del movimiento de restauración que en el mundo se opera; es el gran centro de la sabiduría, y en breve será la gran cátedra y el uni-

versal museo de las artes. Por entonces no se ejecutaba ni se concebía en pueblo alguno de Europa obra que se pareciese á la que Nicolás V proyectó sobre la falda del Vaticano.

## IV.

Medio siglo transcurrió sin que los trabajos de reconstrucción se prosiguieran. Los pontífices Calixto III, Pío II, Paulo II, Sixto IV, Inocencio VIII, Alejandro VI y Pío III, que en la segunda mitad de la décimaquinta centuria ocuparon la Silla de San Pedro, angustiados unas veces por dificultades y turbulencias, sin medios materiales casi siempre para atender á la realización del colosal proyecto, mejor que en la edificación de una Basílica nueva pensaron en adornar y enriquecer la antigua, ahora dotándola de órgano magnífico, ahora erigiendo suntuosas capillas, ya, en fin, añadiendo bajos relieves, mosaicos, columnas, cuanto era humanamente posible para demostrar constante reverencia y devoción á la tumba sagrada de los Apóstoles. Después de Pío III, que sólo veintiseis días sobrevivió á su solemne coronación, fué elegido papa el cardenal Julian de la Rovére de Savona, que tomó el nombre de Julio II (año de 1503). A él corresponde de justicia la mayor gloria en la nueva fábrica de la admirable basílica de San Pedro. Siguiendo en las huellas é insistiendo en los propósitos de su preclaro predecesor Nicolás V, quiso desde luego Julio II llevar á ejecución el plan gigantesco de Bernardo Rosellini. Inmensas dificultades surgieron para ello. El vario sentir de los muchos arquitectos consultados, la enormidad de los gastos que se presuponían, la oposición de muchos, propagada en una parte del pueblo, á que desapareciese la basílica antigua, la obra de Constantino, el relicario de tantas maravillas, todo fué parte para que en los primeros años tuviese que contener sus deseos el animoso Pontífice ante obstáculos,

razonables unos, como se ha visto, promovidos otros por enemistades y querellas de artistas; que siempre fué igual y sigue siendo *el genus irritabile vatum* que deploraba el gran poeta latino.

Eran los primeros años del siglo XVI. Roma asumía ya en su vasto recinto las grandezas artísticas y literarias de la antigüedad; el caudal del muerto imperio de Oriente á Italia más que á otra parte del mundo había venido; el ejemplo de los Médicis, gallardamente seguido en otros pequeños estados, había hecho de ciudades como Pisa y Sena y Génova, verdaderos museos de las artes: Florencia ostentaba en una sola de sus plazas maravillas como su catedral y su torre y su baptisterio. En la córte de los Papas reinaba, quizá con caracteres de próxima exageración, el amor al clasicismo griego y romano; el feliz descubrimiento del Apolo Pithio, gala del Belvedere, y de la estatua colosal del Tíber, y del admirable grupo de Laocoonte había producido en el alma de todos el entusiasmo de *lo antiguo, de lo grandioso*; entusiasmo ingénito en el alma superior del Papa La Rovére, aquel pontífice, de quien dice con razón Audin, que dominó á todas las frentes coronadas de su tiempo, como la cúpula de San Pedro iba á dominar bien pronto las torres y las colinas. La arquitectura no podía ser indiferente al gran movimiento que en las regiones de lo bello y de lo grande se operaba. Brunelleschi había levantado la gran cúpula de la catedral de Florencia: para el arte de la construcción se abrían nuevos y esplendorosos horizontes. Pollajuolo y Rossellini prosiguen el camino, donde pronto han de encontrarse los genios de Alberti, Bramante y Miguel Angel, ampliando y fortificando la hermosura del nuevo estilo, cuya legislación compila Palladio al espirar el siglo XV.

La época no puede ser más favorable: el pensamiento de reconstruir la Basílica de San Pedro y de acumular en ella los primores de las artes, que á porfía se visten de gala para saludar el siglo XVI, halla generosa acogida en el Soberano Pontífice, y al efecto se piden planes y diseños á los arquitectos, cuyos nombres llenaban ya los ámbitos de Italia. No hay que pensar en el gótico, en aquel género grandioso y sombrío, que

había producido el domo de Milan, y la catedral de Strasburgo, y ántes la abadía de Westminster: el gótico, según tendremos ocasión de observar y repetir, logró escasa aceptación en Italia y apenas fué conocido en Roma. Los proyectos de nueva Basílica Vaticana debieron de girar casi en su totalidad al rededor del estilo nuevo, mezcla de estilos antiguos, aspiración más ó ménos feliz al clasicismo greco-romano, con abstracción, no del todo posible, de las creaciones y de la fantasía de la Edad Media. Julio II quería lo mejor para el templo de San Pedro; y de la multitud de arquitectos, que oyó y de diseños que le fueron presentados, vió surgir por dicha el hombre de que había menester, el dibujo, si no cabal, aproximado, de su propio pensamiento. Bramante Lazzari fué aquel hombre.— Pintor y arquitecto habíase ya dado á conocer en su tierra natal, ducado de Urbino, y en Lombardía, cuando con ocasión del jubileo de 1500 se trasladó á Roma y pudo entregarse en la metrópoli del cristianismo al estudio de la antigüedad:— obras tan notables como el palacio del cardenal de Corneto, que luégo se llamó palacio Giraud en la plaza de Scossa Cavalli, y el bellissimo templete del patio de San Pietro *in Montorio*, y el claustro de Santa María de la Paz, dieron no tarde á Bramante el primer lugar entre los arquitectos de Roma: en el Vaticano, sin embargo, había de dejar consignada la página más brillante de su historia: su proyecto para la basílica, preferido por Julio II, realizaba lo más bello que el arte de Vitruvio podía entónces imaginar; la combinación más atrevida que cupo en la mente de un poeta: los dos modelos sin tacha de la arquitectura antigua, venían á formar la corona de la arquitectura moderna: colocar el panteón de Agripa sobre los grandes arcos del llamado templo de la Paz; la Rotonda elevada á más de ciento sesenta piés de altura: tal fué la concepción artística de Bramante. Dada á la iglesia la forma de cruz griega, el efecto de la cúpula no podía ser más sorprendente: un gran pórtico hexástylo hubiera emulado con las más hermosas construcciones de los buenos tiempos del imperio: dos altos campanarios hubieran formado con la cúpula del centro y con las bóvedas correspondientes á los brazos de la cruz,